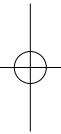


Prólogo

Blackpool, Agosto de 1745



Catherine Ashbrooke Cameron estaba frente a la ventana que las gotas de lluvia jaspeaban, y su aliento empañaba levemente la superficie de cristal. Al otro lado, en el exterior de la posada, las calles estaban casi desiertas, el empedrado brillaba bajo el persistente aguacero, y las luces de las amontonadas casas, de varios pisos, rielaban en los charcos y en los burbujeantes regueros que serpenteaban por el suelo.

Llevaba ya cuatro días en Blackpool... casi una eternidad, para alguien que no se distinguía precisamente por su paciencia. Un tumultuoso puerto, que olía a pescado y desechos, a polvillo de carbón de los impresionantes cargamentos exportados hacia Londres, al sur, y a los innumerables cuerpos sucios que trabajaban arduamente, día tras día, para ganarse unos pocos peniques con que alimentar y vestir a sus familias: no exactamente la clase de compañía que pudiera esperarse para la joven y bella hija de un noble inglés, un miembro del Parlamento Británico.

Mientras seguía mirando a través de la ventana, los dedos de Catherine jugaban distraídamente con el enorme anillo de amatista que llevaba en su mano izquierda. Era la única prueba tangible que tenía del tiempo transcurrido desde que había abandonado su hogar, en Derby, cinco semanas atrás. Cinco semanas. Bien pudieran ser cinco años. O cinco siglos. Catherine había cambiado de manera tan drástica... las cosas habían

cambiado tan drásticamente: actitudes, circunstancias, situaciones...

Antes, ella era frívola y malcriada, mimada hasta el límite, y de carácter cuidadosamente afilado, pero ahora se sentía equilibrada y juiciosa, experimentada y madura, a pesar de sus tan sólo dieciocho años. Tiempo atrás, con un simple chasquear de dedos, cualquier muchacho, en un radio de cien millas a la redonda, habría caído rendido a sus pies, pero ahora sabía que, por mucho que rogara, suplicara, anhelara, implorara, no conseguiría que el único hombre al que añoraba hasta sentir dolor se reuniera con ella.

Levantó un dedo y trazó una línea sobre la resbalosa superficie del cristal, siguiendo el nítido trayecto de una gota que zigzagueaba al otro lado. La joven se sentía entumecida, fuera del mundo, como si los eventos de las últimas cinco semanas no hubieran sucedido jamás. Pero el fulgor de aquel anillo de amatista probaba lo contrario. Las cada vez más tenues marcas de los rasguños que, sin embargo, aún maculaban la nivea perfección de su cuerpo también eran prueba de ello. Las lágrimas que le inundaban los ojos y que le atenazaban la garganta ante el mínimo pretexto probaban que algo había pasado. A su hermano, Damien, que había llegado a Blackpool aquel mediodía para escoltarla de vuelta a casa, a Derby, le habían bastado cinco minutos a solas con ella para descubrir la causa del radical cambio en su comportamiento. Sin embargo, al sentirse culpable en parte de haber condenado a su hermana a lo que, seguro, habían sido cinco semanas de auténtico infierno, había juzgado mal la verdadera fuente de la tensión que desprendía su frágil cuerpo.

—Si ese bastardo de Cameron te ha forzado a hacer cualquier cosa en contra de tu voluntad, lo mataré con mis propias manos —le había anunciado, fuera de sí.

Ella había abierto la boca para exponerle con detalle lo mucho y espantosamente que se había usado y abusado de su

persona... Desde luego, la Catherine Ashbrooke de hacía pocas semanas no hubiera dudado en aprovecharse del sentimiento de culpa de su hermano, o de manipularlo sin piedad para que sintiera lástima y compasión por ella... pero, ahora, era incapaz de hacerlo.

—No, no, Damien, no es lo que piensas. Él... él no me ha hecho nada que yo no quisiera que hiciera. De hecho, al principio, hizo todo lo posible por evitarme. Me trataba como si yo fuera parte del equipaje, me ignoraba. Y creo sinceramente que habría mantenido su palabra de anular nuestro matrimonio, como había prometido, y enviarme a casa tan pronto como hubiera cruzado a salvo la vigilancia de la frontera, pero...

Damien la sujetaba firmemente por los hombros, forzándola a mirarle a los ojos, de un pálido azul celeste:

—Pero ¿qué?

—Pero... yo se lo impedí —sollozó Catherine—. Le rogué, le supliqué que me dejara permanecer en Escocia... y él no me escuchó.

—¿Qué le rogaste...? Dios santo —su voz se había convertido en casi un susurro de incredulidad—. Te has enamorado de él, ¿verdad?

Catherine levantó sus grandes ojos violeta hacia él. Era inútil negar lo evidente. Sus manos, temblando sin control volaron hacia Damien y también lo sujetaron por los hombros. Y todo su cuerpo se deshizo en llanto:

—No debería haber pasado. Ni siquiera sé como pasó, o porqué tenía que pasarme a mí, pero... sí. Oh, sí, Damien, le quiero. Le quiero y le odio y... y... ¡Cameron no tenía derecho a hacerme esto! ¡Ningún derecho!

Damien no podía hacer nada más que abrazarla y consolarla como buenamente pudiera. Catherine sabía que no había en todo el mundo nada que explicara lo que había sucedido, que explicara cómo ella y Alexander Cameron se habían

convertido de adversarios en amantes en un aparente abrir y cerrar de ojos.

—Le quiero, Damien. Es una sensación terrible, dolorosa, maravillosa. No me preguntes cómo puede ser todo eso a la vez, pero es así.

—Y él... ¿él siente lo mismo por ti?

—Sí —repuso ella, un tanto precipitadamente y en un tono de voz quizá demasiado agudo—. Sí, él siente lo mismo. Pero es muy testarudo, y no cree que yo pueda estar tan a salvo en Escocia como lo estoy en Inglaterra, con mi familia. Ahí está la mayor de las ironías, ¿no te parece? —Soltó una breve y amarga risa, aceptó el pañuelo que Damien le ofrecía y se enjugó los ojos y la nariz—. No pareció importarle mucho mi seguridad cuando supo que yo había descubierto que era un espía jacobita y me obligó a viajar hacia el norte con él, en calidad de rehén. Era brusco, arrogante y... y... me tenía tan furiosa a todas horas, que casi no tuve ocasión de sentir miedo. Pero siempre que... que me sentí asustada, pues... estubo a mi lado y, de alguna manera... me calmaba. ¿Tiene todo esto algún sentido?

—¿Tratándose de ti, mi querida Kitty? —sonrió Damien—. Es absolutamente lógico. Y yo debería haber imaginado que algo así iba a suceder, maldita sea. Debería haberlo visto aquella misma primera noche.

—No tenía idea de que fueras un romántico, querido hermanito —contestó ella, con la voz tomada por culpa del llanto—, ni de que creyeras en el amor a primera vista.

—Ni lo uno ni lo otro. Pero la expresión de tu cara aquella noche, cuando Hamilton Garner salió a la terraza tras vosotros dos, prácticamente proclamaba a gritos a todo el que quisiera escuchar que nunca antes te habían besado de aquella manera, ni mucho menos. Me atrevería a decir que fue eso lo que empujó al vanidoso teniente a desafiar a tu descarado escocés a un duelo.

Catherine sintió que las mejillas le enrojecían:

—Hamilton se recuperó de sus heridas, ¿verdad que sí?

—Al cabo de la semana, ya se tenía en pie de nuevo, y salió a remover cielo y tierra con su regimiento de Dragones al completo, para descubrir que el misterioso señor Montgomery y su recién adquirida esposa se habían esfumado sin dejar rastro. Estaba bien decidido y a punto de organizar batidas en todas las carreteras desde aquí a Londres, cuando llegó a oídos del gobierno la confirmación de la llegada del príncipe Carlos a las Hébridas. El coronel Halfyard firmó a toda prisa el papeleo que convirtió a Garner en capitán, y ordenó que marchara con el regimiento hacia el norte, como refuerzo de la guarnición destinada a Edimburgo.

—¿Edimburgo? —dijo Catherine, casi sin habla—. ¿Hamilton está en Escocia?

—Pensaba que eso llevaría tu sentido de la ironía un poco más lejos aún. —Damien asintió—. Y si los rumores que nos han ido llegando resultan ser ciertos, si los clanes se están preparando para ir a las armas y apoyar a Carlos Estuardo en su gesta para reclamar el trono de su padre... —Hizo una pausa y suspiró expresivamente—. Podría muy bien ser que Hamilton Garner y Alexander Cameron volvieran a verse cara a cara, espadas en mano.

Catherine sintió un escalofrío al recordar la expresión de odio en el rostro de patricio de Hamilton mientras juraba vengarse del hombre que no sólo lo había humillado en un duelo de honor, sino que, después, se había casado con la más hermosa heredera del condado de Derby. El padre de Catherine, sir Alfred Ashbrooke, además de ser un destacado liberal y elegido miembro del Parlamento, se movía en un círculo de amistades y conocidos de cuya mano la carrera de un hombre ambicioso podía elevarse hasta la más alta cúspide... y, si algo tenía Hamilton Garner, era precisamente ambición.

—Vaya un par de bergantes hemos resultado ser los hermanos Ashbrooke —se mofó Damien—. Tú, la hija de uno de los más acérrimos partidarios de los Hanover del Parlamento, casada con el hermano del jefe jacobita más relevante de toda Escocia; yo, el hijo del que él tan orgulloso se siente, un hábil y experto procurador, y su sucesor en uno de los más antiguos y valorados cargos de Inglaterra —una leve y triste risa rompió la seriedad del discurso—, a punto de encamarme a toda prisa hacia el altar, bajo las circunstancias menos propicias, para que mi ahora prometida pueda darme un heredero legítimo.

La sorpresa de Catherine fue total y sincera:

—¿Harriet? ¿Harriet está...?

—Sí, lo está. Y le sienta de maravilla, debo admitir. Pero si pensabas que la furia que nuestro padre demostró la noche de tus inesperadas nupcias era insuperable, deberías haber visto cómo le temblaban las mejillas cuando supo de las indiscreciones de su hijo. Pretendió que nos casáramos sin perder tiempo, desde luego, pero Harriet no quiso ni oír hablar de ello. No hasta que se supiera algo de ti, claro está. Quizás ahora consentirá en descerrajar su puerta y salir de sus estancias.

¡Un bebé!, habría gritado entonces Catherine.

—Un bebé... —murmuró ahora, sonriendo melancólica mientras los ecos de la conversación se perdían tras el insistente tamborileo de la lluvia. Debería haberse quedado de piedra, supuso Catherine, al enterarse del estado en que se encontraba su amiga Harriet. Concebir un hijo fuera del matrimonio era motivo más que suficiente para que una joven fuera expulsada de su casa, tratada como una leprosa por la sociedad civilizada, y condenada a correr la suerte de una pordiosera en la más absoluta ignominia. Pero Catherine no reaccionó como lo hubiera hecho dos meses antes, porque ahora ya no ignoraba los efectos de la pasión, salvaje y pla-

centera, sobre las emociones, de otro modo sensatas y reservadas, de cualquier joven virtuosa y de buena familia. Si alguna cosa le provocaba, era tristeza... tristeza y una absurda envidia porque Harriet ya era capaz de probarse a ella misma, y a los demás, que su amor era real. Que no era tan sólo un sueño. Que no era un desliz, o un momento de locura, y que no se desvanecería como si jamás hubiera existido.

Cerró los ojos y sintió que las lágrimas se agolpaban en sus pestañas. Ella no tenía una prueba de aquellas. En su interior no había un bebé, sino un doloroso vacío, una sensación de pérdida, de soledad. ¿Había sido todo aquello un simple sueño? La maravillosa sensación de amar y ser amada, ¿había sido producto de su imaginación? ¿Acaso se había sentido tan viva, tan liberada de los sofocantes confines de su propio vacío interior, sólo porque Alexander Cameron se había metido en su vida como una tormenta y no podía evitar dejarla convertida en un caos?

Su cuerpo sabía, más allá de cualquier duda, que ella ya no era inocente... Por Dios, Catherine se sentía arder de vergüenza y deseo con sólo pensar en lo que un simple roce podía causarle a su orgullo. Lo que unas pocas palabras, susurradas con pasión, podían provocarle a su paz interior.

«Te quiero, Catherine. Sé que ahora estás furiosa conmigo y puede que no me creas en absoluto, pero te quiero. Más aún: juro por este amor, y por mi vida, que iré a buscarte tan pronto como me sea posible.»

—Oh, Alex —murmuró Catherine, apoyando la mano y la frente contra el frío cristal de la ventana—, quiero creerte. Con todo mi corazón, quiero creerte, pero...

Mantuvo los ojos cerrados, para evitar las sombras y la lluvia, e fantaseó que veía a Alexander, de pie frente a ella, y que su silueta se recortaba contra el resplandor púrpura de la luz crepuscular de las Highlands. La brisa mecería los desordenados rizos de sus gruesos cabellos negros, su mirada sería

distante e indescifrable, su actitud, tan taciturna e impredecible como la neblinosa ferocidad de las montañas a las que él llamaba su hogar. Al moverse, lo haría con la fluida y letal elegancia de pantera que su poderoso y peligrosamente fascinante cuerpo poseía, de modo que uno pensaba al instante en la gracilidad y, acto seguido, en un poder explosivo y sorprendente.

Alexander era un solitario y un renegado, sí, pero Catherine había descubierto que su capacidad para ser amable y compasivo era infinita. Cameron había vivido durante demasiados años con el corazón anclado en su pasado, endurecido como una armadura contra cualquier nueva intrusión. A la edad de diecisiete, había presenciado la brutal violación y posterior asesinato de su primera esposa, Annie MacSorley. Vengando su muerte, había matado a los dos sobrinos del poderoso duque de Argyle, jefe del clan Campbell; y, entonces, había sido declarado asesino y forzado a un exilio de quince años.

Cuando Catherine y él se habían conocido, bajo la brumosa luz de los alrededores de Rosewood Hall, él estaba en su viaje de vuelta a Escocia, al hogar de su familia, el castillo de Achnacarry. Acusado de espía, sí, en el sentido que había mantenido ojos y oídos abiertos durante el trayecto desde Francia hasta Escocia. ¿Era un traidor? Alexander no tenía convicciones políticas, celosamente mantenidas o que ejercieran presión sobre él; era más bien su arraigado código de honor, inflexible e inquebrantable, lo que le llevaba a casa, a estar junto a su hermano jacobita, Donald Cameron de Lochiel, y a prestarle todo su apoyo.

Lealtad y orgullo de casta: dos cualidades a las que Catherine no había prestado mucha atención antes de conocer Alexander Cameron. Ahora, en cambio, pensaba que eran muy importantes, porque ella también pertenecía a los Cameron. Él la había convertido en uno de ellos, en corazón y alma.

—¿Señorita Catherine?

Una suave voz se coló entre los recuerdos de Catherine, que, sobresaltada, volvió a la realidad. No había oído a Deirdre entrar en la habitación, y las manos le temblaron, heladas, mientras las bajaba para alisar una inexistente arruga en su falda.

Deirdre O'Shea se había mantenido tenazmente leal a lo largo de aquella horripilante odisea de cinco semanas y, a menudo, había sido el único lazo de Catherine con la cordura. Más que una mera doncella, se había convertido en amiga y confidente, en una aliada, una compañera de conspiraciones, así como una víctima inconsciente. Porque, por muy prendada que Catherine estuviera de Alexander Cameron, no se le habían escapado las fugaces miradas que intercambiaban Deirdre y el único hombre en quien Alexander podía confiar la seguridad de ambas durante el peligroso viaje desde Escocia a Blackpool: Aluinn MacKail.

Alto y delgado, MacKail tenía el aspecto y los refinados modos de un académico... y, de hecho, escribía poemas y hablaba seis idiomas con fluidez. Pero también era el único hombre que Catherine había visto superar a Alex con la espada, y el único cuya fortaleza, física y de carácter, se había equiparado a la de Alex, al cabo de quince años de exilio compartido.

—¿Sí, Deirdre, qué pasa?

—El señor Damien desea saber si va usted a cenar con él esta noche, abajo.

—No tengo demasiado apetito, en realidad.

Deirdre frunció el ceño al ver los restos de lágrimas en las mejillas de su señora:

—Tiene que comer un poco... para mantenerse fuerte.

Catherine vio que la preocupación asomaba por aquellos ojos de color avellana, e intentó esbozar una leve sonrisa:

—Dile a mi hermano que no me veo capaz de ser una buena compañía esta noche, en público. Pregúntale si, en lugar de

eso, le apetece que compartamos una cena ligera en mi habitación. Tenemos aún tanto por hablar, y tan poco tiempo...

Deirdre alargó la mano y rozó suavemente el brazo de Catherine:

—No debe preocuparse. El señor Damien sabe qué es lo que tiene que decir y hacer. Debe confiar en que le aconsejará lo que sea mejor para usted.

La sonrisa de Catherine vaciló mientras la voz de Alexander acudía a su memoria:

«Dejo que tú decidas si quieres volver a Derby como esposa o como viuda. En cualquiera de los dos casos, le haré llegar a Damien las cartas y documentos que corresponda.»

—¿Y qué es mejor para mí? —murmuró Catherine, y se volvió hacia ventana, para mirar al exterior de nuevo—. ¿Fingir que regreso a casa para visitar a mi familia, y desagraviarla, mientras mi marido está en las colonias, por negocios... o presentarme como su viuda, decidida a poner punto final a aquel escándalo y a rehacer mi vida? Son propuestas muy generosas, ambas, y a las que hay que añadir patrimonio y cuentas bancarias... —Se mordió el labio para reprimir una pequeña ola de resentimiento. No mucho tiempo atrás, Catherine se habría pavoneado, triunfante, si hubiera podido presentarse ante sus amistades femeninas en edad de merecer con una tan envidiable riqueza. Durante su larga temporada en el exilio, Alex había acumulado una verdadera y admirable fortuna... requisito que, en tiempos, Catherine habría considerado como el más importante a la hora de casarse. Ahora, sin embargo...

Su mano se posó sobre el respaldo de la silla que estaba junto a ella, y sus dedos acariciaron el rústico chal de lana, el tartán que se había llevado del castillo de Achnacarry. Después de haberse visto obligada a salir de Escocia a toda prisa y a escondidas, y de haber llegado a Blackpool con tan sólo lo que llevaba puesto, Catherine se había pasado la mayor par-

te de los últimos tres días caminando indiferente tras Aluinn MacKail, mientras éste prácticamente vaciaba cada uno de los comercios y bazares donde vendieran ropas para restituir su extraviado y completísimo vestuario. El camisón de seda que en aquel momento llevaba puesto era la prenda más extravagante que jamás había tenido, pero Catherine habría renunciado a él, y al resto de indumentarias que llenaban sus seis nuevos y flamantes baúles, a cambio de tener derecho a llevar abiertamente el tartán de los Cameron.

La suave luz amarillenta de la lámpara se reflejaba en el anillo de amatista, y Catherine cerró los puños.

—¿Qué vas a hacer tú, ahora? —le preguntó a Deirdre.

—¿Que qué voy a hacer yo, señorita?

Catherine frunció el ceño y miró de reojo a la sorprendida donzcella:

—No tienes por qué volver a Derby conmigo, si escoges ir a cualquier otra parte. No tiene ningún sentido que ambas seamos desgraciadas.

Las mejillas de Deirdre se encendieron al instante, dibujando dos grandes círculos rojizos:

—¿A... a qué otra parte podría ir yo, señorita?

—Allí. Con él. Con Aluinn. —Una nueva remesa de lágrimas amenazaba la seguridad de su tono—. Oh, Deirdre... no destruyas tu oportunidad de ser feliz por mí. Ve con él. Vuelve a Escocia, si el te lo pide.

—Él... él no me lo ha pedido —murmuró casi imperceptiblemente Deirdre—. Y no creo que lo haga. Él y el señor Cameron se parecen mucho, me temo.

El labio inferior de Catherine empezó a temblar:

—Lo siento mucho, Deirdre. Siento mucho haberte metido en todo este asunto.

La joven irlandesa levantó la barbilla, orgullosa:

—Durante ocho años, siempre he estado junto a usted, señorita. Usted no me ha metido en nada en lo que yo no tu-

viera ganas de meterme. Y lo cierto es que... ha sido una aventura que no ha estado mal, ¿verdad? Incluso me atrevería a decirle, sin tapujos, que si ambas hubiéramos vivido durante el resto de nuestras vidas en Derby, no habríamos disfrutado ni de una décima parte de las emociones por las que hemos pasado en estas últimas semanas. No me arrepiento, señorita. Y usted tampoco debería hacerlo.

¿Arrepentirse?, se preguntó Catherine. ¿Cómo iba ella a arrepentirse de las impetuosas y apasionadas semanas que había pasado con Alexander Cameron?

Catherine había sido criada y educada por institutrices y sirvientes, tolerada por un padre indiferente y rehuída por una madre que prefería no enfrentarse a la evidencia de su propio envejecimiento, y muy pronto había aprendido lo que era sentirse sola en una mansión que rebosaba gente. De algún modo, había logrado superarlo y adaptarse a ello. Durante dieciocho años, construyó cuidadosamente muros alrededor de sus emociones, barreras impenetrables para proteger lo más profundo de sí misma.

Aquellos muros y barreras se habían desmoronado con una sola explosión en el instante en que miró a Alexander Cameron a los ojos y descubrió en su mirada la misma expresión de soledad y vacío, luchando porque la liberaran. Él también había mantenido ocultas sus emociones, poniendo obstáculos en el camino de cualquier sentimiento tierno y vulnerable que amenazara su independencia. Dos personas orgullosas y rebeldes... ¿era acaso de extrañar que el universo hubiera parecido sumirse en el caos cuando finalmente se enamoraron?

¿Y debería ser, acaso, menos sorprendente que la tierra hubiera parecido detenerse cuando él la dejó a bordo del Curlew, apartándola así de su vida?

Alexander había dado su palabra, había jurado por su honor que iría a buscarla cuando el peligro de la rebelión hubie-

ra pasado, o se hubiera resuelto, pero Catherine no podía encontrar consuelo alguno en un juramento. No había calor, bienestar físico, sustancia, en unas cuantas palabras dichas a media voz en una noche helada y cubierta por la niebla. Sabía que podría haberse sentido fuerte y a salvo si Alex hubiera confiado en ella lo suficiente para llevarla de vuelta a Achnacarry.

En lugar de eso, la había embarcado hacia Derby, exilada a su familia, gente con la que ya no sentía ningún vínculo y que ya no le importaba; abandonada a vivir con la esperanza y a rogar por el día en que su orgulloso y rebelde marido galoparía de nuevo en su enorme corcel negro hasta los jardines de Rosewood Hall y reclamaría a su esposa. Si es que lo hacía. Si es que aún quería ir hasta allí. Si es que todavía creía, después de la fría despedida de Catherine, que había algo por lo que valiera la pena volver.

Si sobrevivía.

Cuando abandonaron Escocia, el clan Cameron se estaba preparando para la guerra. Cientos de miembros del clan habían respondido a la encendida llamada que Donald Cameron de Lochiel había propagado a lo largo y ancho de Lochaber; cientos, miles de hombres más se habrían reunido alrededor del estandarte de los Estuardo, izado en Glenfinnan. Las Highlands se estaban movilizandando para la rebelión, y serían los hombres como Lochiel y sus hermanos Alexander y Archibald los que estarían en la primera línea de fuego cuando llegara el momento de la batalla, si realmente llegaba.

—¿Sabe Aluinn lo que sientes? —preguntó Catherine bruscamente, haciendo que las mejillas de Deirdre enrojecieran de nuevo.

—¿Señorita?

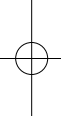
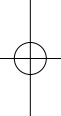
—¿Sabe lo que sientes por él? ¿Le has dicho que le amas?

El rubor de la doncella se intensificó hasta casi dolerle, y Catherine supo que Deirdre ni tan sólo se había atrevido a confesárselo a sí misma.

—Oh, Deirdre... ve con él —la apremió suavemente—. Dile lo que sientes. Arroja tu orgullo ante sus pies, si es necesario... —Hizo una breve pausa y sonrió levemente—. Al parecer, ese es el único modo de atravesar el duro pellejo de un escocés.

—Pero... el señor MacKail es...

—El señor MacKail es tan temerario e imprudente como el señor Cameron. Ambos parecen decididos a desafiar su destino cada amanecer, y a reírse de lo que le han escatimado a los hados cada vez que cae la noche. —Luego, en un tono más dulce, añadió—: Y tienes toda la razón cuando dices que las aventuras que hemos corrido permanecerán con nosotras por el resto de nuestras vidas, pero no le des la espalda a la más grande e importante de todas. Ve con él, Deirdre. Si le quieres, díselo; podría ser tu última oportunidad de hacerlo.



Deirdre se dejó conducir hasta la puerta, y se detuvo allí un instante para volverse a mirar a Catherine y descubrir la tristeza que nublaba el usual y vibrante brillo de sus ojos. Era tan joven y tan, tan hermosa que, simplemente, no era justo que tuviera que sufrir de aquel modo. Al principio, Deirdre había tenido ciertas reservas en creer o confiar en Alexander Cameron y Aluinn MacKail. Espías, traidores, mercenarios, fugitivos... ¿cómo era posible fiarse? Y, sin embargo, parte de la emoción y la aventura de las últimas cinco semanas había sido presenciar la transformación de Catherine Ashbrooke de muchacha a mujer, y ver cómo un arrogante fanfarrón de las Highlands se volvía cada vez más humilde, en el mismo proceso. Era evidente que Catherine y Alexander estaban hechos el uno para el otro.

¿Sería, pues, menos maravilloso admitir que ella, Deirdre O'Shea, se había enamorado perdidamente de Aluinn MacKail?

Aluinn estaba solo, a medio ponerse una camisa limpia y seca cuando ella llamó a la puerta de su habitación.

—¡Deirdre! ¿Pasa algo? ¿Qué es lo que...?

—He venido a despedirme de usted, señor, ya que parece que lo más probable es que abandonemos Blackpool mañana por la mañana.

Por un instante, él pareció aturdido. Después, dándose cuenta de que llevaba la camisa abierta, mostrando su torso, la cerró y empezó a meter los bajos por dentro de la cinturilla de sus pantalones:

—No... eh... no estoy seguro de lo que eso...

—Es muy sencillo, en realidad —le interrumpió ella, sin más—. Tan sólo he pensado ahorrarle a usted la molestia de encontrar un minuto o dos en su apretada agenda para decirnos adiós a ambas, mañana.

Las manos de Aluinn seguían con su tarea, aunque no con demasiada diligencia. Entonces, se detuvieron de repente, dejando la mitad de los bajos fuera de la cinturilla. Entrecerró sus ojos gris humo y preguntó:

—¿Estás... enfadada por algo?

—¿Enfadada? —Deirdre no apartó su mirada de la de él, aunque tuvo que luchar con todas sus fuerzas para reprimir sus ganas de dar media vuelta y salir volando de allí—. ¿Por qué debería estarlo?

Con un gesto vago, Aluinn señaló una silla:

—¿Quieres sentarte, por favor?

—No, gracias. No me gustaría robarle mucho de su valioso tiempo.

Él lanzó un suspiro y se pasó una mano por sus cabellos de color arena, sacudiéndose de encima el agua de lluvia que todavía empapaba y oscurecía sus rizos:

—Esto tiene todo el aspecto de una de aquellas primeras conversaciones que mantuvimos cuando tuve el gusto de conocer las loables cualidades de tu gancho de izquierda.

—Ríase de mí, si eso le complace, señor, pero...

—Con esta, van dos.

A Deirdre se le trabaron las palabras:

—...pero... ¿cómo dice?

—Van dos veces que me llamas «señor», en tan sólo dos minutos.

—¿De qué otra forma debería dirigirme a usted? Después de todo, sólo soy la criada.

—Aaah. —Aluinn sonrió levemente y se alejó de la chimenea—. Así que volvemos a estar en las mismas, ¿no? La señorita O'Shea y el señor MacKail, ¿verdad? Las infranqueables barreras de las clases sociales, etcétera, etcétera, ¿es eso?

—No son barreras imaginarias —remarcó ella, en tono grave.

—No. Supongo que no lo son. Sin embargo, creía que tú y yo las habíamos superado.

—Mi padre era guardabosques, y mi madre trabajó en una lavandería durante todos los días de su vida, excepto las varias veces que tuvo que dejar esas tareas durante unas semanas para parir a sus trece hijos. —Un rubor provocado por el orgullo la obligó a desviar la mirada por primera vez—. Haría falta bastante más que palabras amables y generosidad católica para que yo subiera de mi escalafón.

—Te estás infravalorando —repuso Aluinn, suavemente—. Y a mí.

—No. —Deirdre menó la cabeza y volvió a mirarle fijamente a los ojos—. Es lo que soy, y no me avergüenzo de ello. He trabajado mucho para mejorar, pero en aspectos que son importantes para mí, y no para impresionar a nadie. He aprendido yo sola a leer y escribir, y he sido una hija de la que mi madre pudiera estar orgullosa, y no una descarada que va de cama en cama para ganarse unos peniques extra de la forma más fácil. Me siento bastante feliz de ser quien y lo que soy, y no tengo el menor deseo de cambiar para

satisfacer a nadie porque tenga la necesidad de liberar a las masas.

La mueca sonriente de Aluinn se ensanchó:

—¿Eso es lo que crees que hago? ¿Intentar una pequeña reforma social en la clase baja?

Deirdre se sonrojó y se dio la vuelta. Las fuertes manos de Aluinn la agarraron por los hombros y le impidieron llegar hasta la puerta.

—¡Suélteme! ¡No pienso quedarme aquí para aguantar sus burlas!

—No me estoy burlando de ti, Deirdre —le aseguró él, casi rozándole la oreja con los labios—. Si algo hago es reírme de mí mismo, del perfecto maestro del disfraz en que me he convertido. ¿Sabes...? —la presión de sus manos se hizo mayor, y la obligó a volverse hacia él y mirarlo cara a cara—, si juzgas a un hombre por su condición al nacer, entonces no hay absolutamente nada en mí que pueda siquiera valer lo que uno sólo de tus cabellos.

—No... no le entiendo —tartamudeó ella, mientras la intensidad de sus ojos avellana quemaba a Aluinn, y éste parecía, por un momento, quedarse sin palabras, inseguro de cómo empezar.

—Una vez, me dijiste lo noble que me considerabas por sacrificar mi libertad a cambio de seguir a Alex en su exilio. Pero mis motivos, señorita O'Shea, no eran ni nobles ni, de ninguna manera, altruistas. Aunque es verdad que Alex y yo crecimos juntos como hermanastros, también es totalmente cierto que él es el hijo del jefe del clan, y yo sólo soy el quinto hijo del arrendatario de una granja, nacido en el seno de una humilde familia. Mi madre y la madre de Alex, casualmente, dieron a luz con tan sólo una semana de diferencia; la suya murió, y a la mía la trajeron de las montañas para que fuera la nodriza del pequeño. A raíz de eso, yo gocé de todos los privilegios y comodidades del hijo de un noble, y cuando

llegó el momento de renunciar a todos esos lujos para huir al continente con Alex... bueno...

—Pero... su lealtad hacia el señor Cameron, hacia su familia, no es un engaño...

—No, no. Es real, totalmente sincera, por el amor de Dios. Daría gustosamente mi vida por cualquiera de ellos, y quizá... tan sólo quizás, eso sería suficiente para corresponderlos por todos los buenos años que les debo.

Deirdre frunció el ceño y dijo lentamente:

—Estoy segura de que no esperan ninguna compensación. Estoy convencida de que ni siquiera les gustaría oírle hablar de ese modo.

—¿A qué te refieres, señorita O'Shea? ¿A que no valgo lo bastante para subir del escalafón al que en realidad pertenezco? ¿A que es tan sólo su... generosidad católica lo que me mantiene junto a ellos?

Deirdre abrió los ojos como platos y se le cortó la respiración. Aluinn se las había ingeniado hábilmente para que sus propias palabras se volvieran contra ella, para demostrarle lo desatinados que eran sus temores. Deirdre entrecerró los párpados y miró aquel apuesto rostro mientras los labios de Aluinn se acercaban a los suyos. Deirdre sintió que sus manos, que había cerrado en puños, se relajaban, y sus dedos se deslizaron hacia los hombros de él cuando el suave roce entre ambas bocas la estremeció con una oleada de calor que, Perezosamente, le recorrió el cuerpo. En algún rincón de su interior, Deirdre encontró el arrojo para responder al beso y separar los labios en una invitación para transformar aquel gesto conciliatorio en mucho más que eso.

Un escalofrío invadió los músculos fuertes y, al tiempo, tiernos que la abrazaban y, al momento, Aluinn se separó de ella, manteniéndola a la máxima distancia que le permitían sus brazos, como si pudiera quemarse al seguir en contacto con ella.

—¿Por... por qué paras? —consiguió jadear Deirdre débilmente—. ¿No me quieres?

La expresión de Aluinn se endureció brevemente ante la sorpresa:

—¿Qué si no te quiero? Deirdre... Dios santo, si supieras lo mucho que te amo.

—Entonces, ¿por qué paras?

—Porque... —Él desvió la mirada de sus ojos y la posó, anhelante, sobre los húmedos labios de ella—. Porque me voy de aquí mañana mismo, y porque no sería justo contigo si no me detuviera ahora mismo... cuando aún soy capaz de hacerlo.

Deirdre intentó sacudirle los brazos, y descubrió que estaban totalmente rígidos:

—¿Será acaso más justo —le preguntó después de una breve pausa— que me digas simplemente adiós cuando te vayas, y que me dejes aquí, deseando, soñando, imaginando lo que podría haber sido?

—Deirdre...

—No tengo miedo, Aluinn. Eres un hombre bueno y amable, y... y temo mucho más no poder quererte. Además —le temblaron los labios al sonreír tímidamente—, después de ese arrebataador discurso que acabas de ofrecerme, ¿cómo eres capaz de cerrarme la puerta?

Aluinn levantó una mano, visiblemente temblorosa, para apartar sus rizos color arena de la mejilla de Deirdre:

—Lo que más temía era que vinieras a mí equivocadamente convencida de que debías agradecerme algo, o que estabas en deuda conmigo. Pensaba... ¡maldita sea! Por primera vez en mi vida, pensaba que, por el mero y tan noble hecho de no tocarte, te demostraría que quiero más de ti que simplemente... esto.

—Pero ya tienes más —susurró ella—. Tienes mi corazón y mi alma, y te entrego ambas cosas con todo mi amor y mi deseo.

—Deirdre... —Aluinn se detuvo de nuevo, mientras su pasión mantenía una dolorosa lucha con su sentido común—. Ojalá tuviéramos más tiempo.

—Pero no lo tenemos. Sólo tenemos el aquí y el ahora, y si estás pensando que no vale la pena arriesgar tu paz interior por quererme, quizá lo que has dicho ha sido sólo una sarta de bonitas palabras.

Deirdre hizo el gesto de volverle la espalda e irse, pero las manos de Aluinn la detuvieron. Lentamente, él volvió a abrazarla, y la besó muy suavemente en la sien, cubierta por suaves y negros tirabuzones. El roce, como el de sus manos, fue tierno y delicado, sin prisas, aunque los temblores que sufría su cuerpo eran tan obvios y urgentes como el deseo que la invadía a ella.

—Tengo la sensación —susurró Aluinn— de que, incluso si pudiéramos estar juntos durante cien años, todavía nos parecería poco tiempo.

Deirdre deslizó las manos bajo la camisa de Aluinn, aún sin abrochar:

—En ese caso, ¿no crees que deberíamos aprovechar cada minuto que tengamos?

La respuesta de Aluinn, sofocada contra el arqueado cuello de ella, no llegó a ser audible, y se perdió en el aire mientras él la cogía en brazos y la llevaba a la cama.